

PARA INTENSIFICAR

LA REVOLUCIÓN IDEOLÓGICA

Y REVOLUCIONARIZAR

A LOS CUADROS



kim il sung

2. PARA INTENSIFICAR LA REVOLUCION IDEOLOGICA Y REVOLUCIONARIZAR A LOS CUADROS

En las Tesis sobre el Problema Rural Socialista ya hemos planteado las tareas de intensificar la revolución ideológica, y en los plenos del Comité Central del Partido hemos recalcado varias veces el problema de la revolucionarización de todas las clases y capas de las masas. Igualmente, en el informe rendido hace poco en la Conferencia del Partido, hemos planteado como una cuestión importante la tarea de la revolucionarización y claseobrerización de los miembros del Partido y los trabajadores.

La revolucionarización y claseobrerización de los miembros del Partido y los trabajadores son exigencias indispensables del desarrollo de nuestra revolución. El proceso de la construcción del socialismo y el comunismo es un proceso de revolucionarización de los obreros, campesinos, intelectuales y todos los demás miembros de la sociedad. Si resolvemos exitosamente el problema de la revolución ideológica, o sea, el problema de la revolucionarización de todas las clases y capas de las masas, podremos marchar con rapidez hacia el comunismo, pero de lo contrario no podrá ser así. Echar la base material del socialismo es relativamente fácil, pero transformar la conciencia de las gentes es una tarea sumamente difícil.

Por eso, el problema de la revolucionarización de los miembros del Partido y los trabajadores representa una tarea de suma importancia que se presenta ante nosotros.

¿Cuál es entonces el blanco principal de la lucha por revolucionarizar a las gentes? Pues el egoísmo y el individualismo que quedan en la mente de cada persona. Ideas egoístas e individualistas las tienen aquellas personas de entre los campesinos, intelectuales y otras procedentes de la pequeña burguesía, así

como también de entre los obreros, que no están aún revolucionarizadas.

Revolucionarizar a las gentes significa erradicar de su mente la ideología burguesa, el egoísmo y el individualismo en primer término, y elevar su conciencia ideológica comunista para que pongan los intereses colectivos y los de todos por encima de los intereses personales. En otras palabras, revolucionarización significa preparar a las gentes como revolucionarios que posean la firme voluntad de luchar con toda dedicación y contra viento y marea por el Partido y la revolución, por las masas y el pueblo, desdenando sus intereses personales.

Este problema no es nada fácil. La revolucionarización de las gentes es una cuestión fundamental que determina si éstas se deciden o no a entregar su vida en aras de la revolución, si están dispuestas o no a sacrificar sus intereses personales y obedecer a los intereses de la organización, es decir, si tienen o no una concepción revolucionaria del mundo.

Es fácil decir que se está dispuesto a entregar todo en bien de los intereses de la revolución, pero actuar de hecho así no es fácil.

El que tiene una firme voluntad puede vencer cualquier dificultad. Que sea firme o débil su voluntad depende de si su concepción revolucionaria del mundo se ha formado correctamente o no, pues se dan bastantes casos de gentes que aunque hacen gala de grandilocuencia, una vez arrojadas a la cárcel se tornan traidoras y huyen y capitulan en las batallas.

Hemos sido testigos de muchos ejemplos de éstos. Una vez que nuestros guerrilleros antijaponeses se hallaban en una situación extremadamente difícil, los imperialistas japoneses enviaron hasta Che Nam Son a Changchuen y lo utilizaron para sus tretas conciliatorias, y tirando volantes propagaron toda clase de demagogias. Esos canallas parloteaban que nosotros "comíamos carne de caballo", que "si iban detrás de Kim Il Sung, no les esperaba otra suerte que la de inmolarse por Stalin", y cosas así por el estilo. En aquel tiempo, el jefe del estado mayor de nuestro destacamento desertó, aunque durante largo tiempo se había dedicado a la revolución.

Por aquel entonces nosotros pasábamos una prueba realmente dura. Yo les hablé a los compañeros que estaban conmigo y a los que me escoltaban: "Hace ya más de diez años que venimos luchando juntos, pero nuestro camino es todavía largo y no se sabe cuánto más habremos de combatir; hemos de librar una lucha larga por conquistar la independencia del país; por muy difícil y larga que sea la lucha, la victoria será indudablemente nuestra; que se marche quien no tenga fuerzas para vencer las dificultades; pero que no huya, sino que se despida de los compañeros porque comiendo sólo maíz cocido y venciendo fríos y calores indecibles combatieron y sufrieron todos juntos más de 10 años; jamás le pegaremos un tiro al que se va". Entonces unos sollozaban y otros decían: "mejor morir, pero juntos". Así tuvieron lugar allí sucesos realmente conmovedores. En nuestro destacamento no hubo hombres que huyeran luego de tirar contra sus comandantes, como sucedió en otros destacamentos, pero surgían algunos desertores. Mas después de aquella escena emocionante no hubo ningún desertor y todos lucharon brava y resueltamente. Así vencíamos las vicisitudes. Si uno tiene una firme voluntad puede superar cualquier dificultad.

En los casi 40 años de nuestra lucha revolucionaria atravesamos incontables contratiempos y pruebas. Hicimos la lucha clandestina y también la guerrillera, y durante ellas pasamos muchos momentos difíciles que reafirmaban nuestra decisión de continuar la revolución o morir. También después de la liberación hubo muchos momentos difíciles, sobre todo en los días de la retirada durante la Guerra de Liberación de la Patria. Cada vez que atravesábamos por semejante situación, reforzábamos nuestra decisión de vencer a toda costa las dificultades, recordando siempre cómo en el pasado los revolucionarios continuaron la revolución por encima de las suyas; en esta lucha larga y difícil se templó aún más nuestra voluntad revolucionaria.

En los días tan difíciles de la retirada yo cobré confianza en la capacidad de unión de nuestros compañeros. Precisamente, uno de aquellos días se presentó ante mí un compañero, comandante del Ejército Popular, que fue herido en el brazo durante la defensa de Pyongchon y que a duras penas pudo salir del

cercos enemigos. Almorcé junto con él y le ordené marcharse de inmediato a la cima de Juangchoriong sin dejarlo descansar siquiera una noche.

Le dije que el enemigo podía llegar hasta allí y que, si no lograba detenerlo, éste podía avanzar hasta Kangue; que debía detenerlo de todos modos y defender la cima de Juangchoriong reuniendo a los militares en retirada y con los seis tanques que se encontraban allí, porque no contábamos con unidades de reserva. El había venido a vernos después de pasar duras penas, sin probar bocado durante algunos días y, encima de ello, herido, pero cuando le ordené que marchase sin demora hacia allí, sin dejarlo dormir siquiera una noche, no tuvo una sola palabra de queja y se fue. Al mirar esta escena, hasta los extranjeros que estaban en nuestro país se admiraban y sollozaban diciendo: Nosotros no sabíamos que ustedes, los antiguos combatientes de la guerrilla, fueran tan fuertes.

Además, ¡cuán difícil era nuestra situación cuando emprendimos apenas la rehabilitación y construcción de postguerra! Al principio de veras abrigábamos no pocas dudas de poder llevar a buen término la reconstrucción, siendo así que todo estaba destruido. Pero en ese tiempo también cobramos ánimo en las masas populares y estuvimos seguros de que era posible la reconstrucción.

Durante la guerra una vez estuve en Rakwon y asistí a una reunión general de la célula del Partido del taller de fundición de la fábrica de maquinaria del lugar. Había allí dos mujeres miembros del Partido. Una de ellas me dijo: "Camarada Primer Ministro, no se preocupe. Una vez que triunfemos en la guerra, la reconstrucción no será nada para nosotros. ¿Acaso no rehabilitamos en unos 2 ó 3 años todo lo que dejaron tan espantosamente destruido los imperialistas japoneses, y vivíamos bien? No se preocupe tanto, pues cuando termine la guerra lo reconstruiremos todo de nuevo y viviremos bien." Estas palabras me animaron. Aquella noche no pude dormir. Y no podré olvidar en toda mi vida lo que me dijo aquella compañera. En el viaje de vuelta, ya en el coche, pensaba que ella tenía toda la razón, y me convencí más de que

nuestro Partido vencería sin duda por contar con una clase obrera que poseía una voluntad tan férrea.

Voy a citar un ejemplo más que ocurrió cuando librábamos la lucha contra los elementos fraccionalistas. Estuve por aquel tiempo en la Acería de Kangson. Pensaba presentar allí simplemente algunas tareas y luego regresar; pero, una vez en la acería, no pude regresar enseguida porque la situación no me lo permitió. Los obreros decían que estaban desanimados y no les daba la gana de trabajar porque los países grandes nos estaban presionando y, encima de esto, Syngman Rhee intentaba atacarnos otra vez.

Entonces reuní a los obreros en un edificio levantado para el almacén y les hablé. Les dije con franqueza: en este momento nos encontramos en una situación muy difícil; los canallas yanquis vociferaron que cuando floreciera la azalea nos volverían a atacar, así que es posible que nos lancen un nuevo ataque; ciertas gentes de un determinado país nos envían a sus fraccionalistas y también algunas gentes de otro país, en contubernio con aquéllas, tratan de presionarnos; y los elementos fraccionalistas del nuestro, sirviéndoles de vehículo a sus amos, se alzan contra el Partido; Syngman Rhee intenta atacarnos confiándose a Estados Unidos; ¿en quién podemos creer? Fuera de ustedes no tenemos nadie a quien confiarnos; siendo así, ¿cómo marcharán las cosas si ustedes se desaniman? Debemos trabajar con más coraje mientras más difícil sea la situación. Entonces los obreros dieron vivas y todos, manifestando su decisión de cumplir cualquier tarea por difícil que fuera, me propusieron que les enviara a los fraccionalistas como Che Chang Ik para poder echarlos al horno eléctrico. Esto nos dio ánimo una vez más.

Algún tiempo después, yendo hacia Nampo por asuntos electorales, me detuve un rato en la aldea de Tesong del distrito de Kangso. Allí me encontré con una abuela cuyo hijo era comandante de un regimiento del Ejército Popular caído en el combate. Ella, con su nieto a la espalda, contemplaba a la gente bailando en el lugar de las elecciones. Al verme, la abuela me dijo: "Camarada Primer Ministro, se le ve muy demacrado el rostro, no se preocupe tanto. Los fraccionalistas parlotean que el

pueblo vive así y asá, pero ahora todos vivimos mejor; por lo tanto, no hay ningún problema. ¿Quién vencerá? Naturalmente nosotros y no los fraccionalistas. No se preocupe. Nosotros lo apoyamos a usted, camarada Primer Ministro". Las palabras de esta abuela nos redoblaron el coraje, y nos han hecho más firme la decisión de destrozarnos por completo a los elementos fraccionalistas.

Así, siempre en las masas populares hallábamos la fuerza y la fe, templábamos nuestra voluntad revolucionaria y hacíamos aún más firme nuestra concepción revolucionaria del mundo.

Muchas veces en el curso de su trabajo tropezarán ustedes con dificultades y complicados problemas, y a veces vacilarán. Cada vez que estén en una situación semejante, deben creer en el Partido y conservar el firme credo revolucionario. En otras palabras, pueden vencer cualquier dificultad si tienen el siguiente credo revolucionario: tenemos al Comité Central del Partido; soy hombre que lucha por el pueblo y está decidido a entregarlo todo en aras de la revolución; seré siempre fiel al Partido, al pueblo y a la revolución; no escatimaré mi vida individual ni mancharé mi vida política aunque sea liquidado físicamente.

Si uno actúa con tal credo, ni la muerte lo alcanzará. En el pasado, cuando librábamos la lucha guerrillera, yo me arrojaba a los lugares de peligro exponiéndome a las balas, y éstas, aunque atravesaban mi mochila, nunca me alcanzaron. Sólo manteniendo ese credo revolucionario podrán ustedes continuar su actividad revolucionaria.

La lucha revolucionaria no es cosa simple. En los comienzos de nuestra lucha revolucionaria, pensábamos que triunfaríamos en un futuro no lejano. Mas, una vez emprendida la lucha, ésta no marchó tal como preveíamos. Probamos todas sus formas: el movimiento juvenil, la lucha clandestina y la armada. Así hemos llegado hasta hoy, con 40 años de revolución a las espaldas; sin embargo, nuestra revolución no ha terminado aún. Por eso queremos llevarla hasta el final.

¿Cómo podemos permanecer de brazos cruzados habiendo perdido la mitad del territorio del país?

Liberar la parte Sur es la más importante tarea revolucionaria que se le presenta a nuestro Partido. Ahora los yanquis se ven empujados a un callejón sin salida. Nosotros debemos estar decididos a combatir y destrozarnos a los yanquis. También dije a los comandantes de cuerpos y divisiones del Ejército Popular que la juventud de hoy no conoce lo que son los imperialistas japoneses y los yanquis; por lo tanto, debemos aniquilar a los yanquis y a sus lacayos y alcanzar la unificación de la Patria antes de que nos pongamos más viejos.

El momento de la unificación de la Patria llegará con toda seguridad. ¿Sucederá esto el año que viene o un año más tarde? Esto depende de cómo nos preparemos para acoger el gran suceso revolucionario. Lo más importante de todo para recibir con iniciativa la unificación de la Patria sin desaprovechar la coyuntura es que todos se revolucionaricen cabalmente a sí mismos.

De ninguna manera se revolucionariza uno con sólo saber lo que significa la revolucionarización. El problema de la revolucionarización sólo se resuelve mediante la práctica revolucionaria.

En el presente, bastantes funcionarios de nuestro Partido no están revolucionarizados. Los secretarios responsables de los comités provinciales, distritales y fabriles del Partido y los secretarios de aldea del Partido consideran su cargo como un rango jerárquico. Tanto el secretario de célula del Partido como el director de departamento deben considerar su cargo como misiones iguales que les asigna el Partido, y nunca como rangos. Independientemente de que el Partido les haya confiado diez o cien hombres, deben trabajar como si se tratara de la misma misión. Considerar los cargos encomendados por el Partido como rangos jerárquicos es un punto de vista ideológico erróneo, completamente ajeno a la ideología revolucionaria de nuestro Partido. Ahora los secretarios responsables del Partido se conducen altaneramente y abusan de su autoridad porque tienen ese punto de vista ideológico. ¿En razón de qué tienen que darse ese aire de importancia nuestros activistas del Partido? No existe ningún fundamento para que actuemos así. El nuestro es un partido que

sirve al pueblo, así como el Partido madre. Hay que comprender esto bien.

No sólo entre los funcionarios locales del Partido sino también entre los del Comité Central del Partido se observan diversos fenómenos que no son propios de un revolucionario. Dicen que incluso los funcionarios del Comité Central del Partido se alegran cuando ascienden a un cargo superior y se entristecen cuando descienden de puesto. ¿Qué tiene que ver esto con el cargo de hacer la revolución? Aunque hoy uno trabaje como instructor del Comité Central del Partido, si mañana mismo es enviado a la célula, debería estar listo a hacer allí la revolución. Sólo cuando los funcionarios del Comité Central del Partido estén revolucionarizados de este modo, podrán dirigir bien incluso el trabajo de aquel taller adonde sean enviados por necesidad en calidad de secretario de célula del Partido.

Sin embargo, nuestros compañeros no están dispuestos a actuar así. Por eso se muestran contentos cuando son promovidos como instructores del Comité Central del Partido y consideran bajo otro puesto que no sea ése.

Entre los funcionarios del Comité Central del Partido se encuentran también compañeros que no poseen un alto espíritu de partido y de clase ni carácter popular. Ustedes abusan todavía de la autoridad del Partido, por consiguiente, la erradicación de este abuso debe verse como uno de los puntos importantes de la revolucionarización. Ahora nuestros activistas trabajan con chapucería y cuando van a las unidades inferiores para impartir directivas abusan de su autoridad.

Nosotros estamos haciendo la revolución para las masas. El objetivo de la lucha de nuestro Partido consiste en hacer la revolución uniendo a las masas populares en torno suyo para lograr así que ellas lleven en paz una vida armoniosa y de abundancia. Sin embargo, algunos compañeros trabajan con chapucería, lo que da lugar a que las masas se sientan muy descontentas de nuestro Partido y nuestro régimen. Nunca deberían trabajar así.

Estos fenómenos no sólo se observan en ustedes. Se manifiestan también en algunos de los que en el pasado se dedicaron

a la revolución, cosa que en estos últimos días está siendo objeto de muchas críticas. No se puede decir que aquellos que libraron la lucha revolucionaria estén todos revolucionarizados. No se puede decir que todos posean una perfecta concepción revolucionaria del mundo. Sería un gran error si alguien se considera totalmente revolucionarizado; este hombre cometería errores de seguro.

Todos, tanto aquellos que antes hayan librado la lucha revolucionaria como los que no, deben esforzarse constantemente para revolucionarizarse a sí mismos.

Nosotros también nos proponemos luchar de continuo para revolucionarizarnos a nosotros mismos. Aunque hayamos avanzado por el camino de la revolución durante 40 años, tenemos que recorrer todavía un largo trecho y para ello tenemos que revolucionarizarnos hasta el final.

El que hace la revolución no es un ser predestinado. Cualquiera puede hacerla. Pero cualquiera que desee continuar la revolución debe forjarse incansablemente.

Lo más importante para revolucionarizarse es, en primer lugar, creer en el Partido e imbuirse de la firme decisión de ser fiel a la revolución; en segundo lugar, no vacilar ante ningún contratiempo y tener la inquebrantable fe de no reconocer nada fuera de nuestro Partido. Por ahora a algunos de nuestros miembros les falta todavía ese espíritu.

Confiar en los cuadros y controlarlos en medio de su trabajo es el principio del trabajo del Partido. Sin embargo, no se debe creer ciegamente en ningún individuo, sino creer firmemente sólo en el Partido. Hay que precaverse de todos aquellos, cualesquiera que sean, que violan las resoluciones o instrucciones del Comité Central del Partido, y poner a tiempo esos fenómenos en conocimiento del Comité Central del Partido. Además, hay que revolucionarizarse cabalmente para poder entregar hasta la vida por el Comité Central del Partido.

Actualmente en algunos cuadros y miembros del Partido que no están revolucionarizados se observan bastantes defectos. De palabra todos manifiestan su disposición a sacrificarse en aras del Partido y la revolución, pero demuestran en las acciones

prácticas falta de espíritu partidista y de clase, así como de carácter popular. Hay algunos que son muy egoístas y otros que son presa del arribismo y de la sed de notoriedad.

Por eso debemos intensificar la lucha por la revolucionarización de los miembros del Partido.

Todos deben revolucionarizarse y claseobrerizarse, pero sobre todo aquellos que trabajan en el Comité Central del Partido deben revolucionarizarse antes y más cabalmente que nadie. Sólo revolucionarizando a los cuadros del Comité Central del Partido podremos revolucionarizar a los cuadros provinciales; sólo revolucionarizando a estos últimos podremos revolucionarizar a los distritales, y sólo revolucionarizando a éstos podremos revolucionarizar a los de aldea. Y sólo cuando logremos revolucionarizar así a los cuadros, podremos revolucionarizar a todos los militantes y a los trabajadores. La revolucionarización de los cuadros del Comité Central del Partido debe tener un nivel más alto que la revolucionarización de todas las clases y capas de las masas. Es decir, su revolucionarización presenta exigencias más elevadas. Los cuadros del Comité Central del Partido deben librar con más seriedad y profundidad que nadie la lucha por acabar con el egoísmo, el liberalismo, el heroísmo individualista y otros matices de la ideología pequeñoburguesa, y por elevar su partidismo, su espíritu de clase y su carácter popular. De esta manera tienen que armarse a cabalidad con el espíritu de servir fielmente al Partido, a la clase obrera y al pueblo.

Hoy he reunido incluso a los instructores del departamento organizativo y del departamento de propaganda porque estos departamentos son los más importantes. Por supuesto, otros departamentos también son importantes. Pero el departamento organizativo y el departamento de propaganda desempeñan un papel sumamente importante en la revolucionarización de las gentes. Los activistas del departamento organizativo y del departamento de propaganda del Comité Central del Partido deben poseer las cualidades del revolucionario, a saber tener una firme voluntad revolucionaria, apreciar los intereses de la organización y la revolución más que los personales, poner su vida política por encima de su vida física. Sólo así podrán dirigir la

Sobre la erradicación del formalismo y el burocratismo

obra de revolucionarizar a los miembros del Partido y a los trabajadores.

Ustedes deben revolucionarizarse a sí mismos a cabalidad, y, sobre esta base, librar la lucha para revolucionarizar en lo adelante a todos los militantes y a los trabajadores. No deben considerar meramente el problema de la revolucionarización de los intelectuales y campesinos como una simple cuestión de eliminar diferencias clasistas, sino discutir mucho los documentos de la Conferencia del Partido y estudiar profundamente sobre la manera de cómo podrían llevar a cabo exitosamente la revolucionarización de las gentes.

PUBLICACIONES

FUR★30

SERIE:

contextura proletaria